

berbia ni por un instante una palabra, que si la hubiera pronunciado, le habria hecho bramar de cólera y de rábía. En la primera respuesta anfibológica nombró simplemente á Jesucristo, pero se cuidó de manifestar que le adoraba; y en la segunda, en que hizo uso del vocativo, se le encaró, permítasenos la expresion, sin que ninguno lo advirtiese. En realidad, su triple contestacion no fué otra cosa más que una triple evasiva con que logró engañar á los que le tachaban de ignorante y grosero.

No, el don de lenguas no puede ser natural. Hablamos de ese don espontáneo de que los hombres que de él dan muestras no tienen conciencia y que existe perfecto sin necesidad de los esfuerzos y trabajos de su inteligencia. El don de los Mezzofanti y los Domingo de Neissa es cosa diferente.

CAPITULO XXX.

(*Conclusion del asunto anterior.*)

SUMARIO.

Fenómenos *extranaturales* ó *sobrenaturales* *Manifestaciones* y *comunicaciones* espiritas, revelaciones de ultratumba y profecías.—El fluido magnético no las explica.—Causa á que las atribuyen M. Figuiet y M. Debray.—Hipótesis de M. Jobard.—M. Gasparin le refuta victoriosamente.—Extremos que tocan los sábios que pretenden explicar estos fenómenos.—Explicaciones satisfactorias solamente las da el catolicismo.

Si el magnetismo animal no satsiface las exigencias de una razon mesurada respecto de la explicacion de los fenómenos que hasta aquí hemos considerado, mucho ménos las satsifará en los que falta examinar.

Es un nuevo mundo el que se nos presenta, una region desconocida la que tenemos á la vista. No comprendemos cómo hay audaces que sin temor pongan en aquel la planta, sin más guía que su ceguera; ni cómo se despeñan en esta sin otra luz distinta de la escasa con que no pueden darse cuenta de la region en que viven.

Indudablemente que los fenómenos á que dimos la calificación de *extranaturales* ó *sobrenaturales*, suponiendo un poder mayor que los otros, si existen, son debidos á una causa superior; el fluido magnético que no ha podido acreditar su paternidad con relacion á los comprendidos en las tres primeras series, no será más feliz en conseguirlo por lo que toca á los que en la última série se abarcan.

Basta solamente decir: *manifestaciones, comunicaciones, revelaciones y conocimientos de lo porvenir*, para afirmar dos extremos iguales cuando ménos en naturaleza y en poder. Nadie se manifiesta sino á quien le comprende; nadie se comunica sino con quien es capaz de comunicarse; nadie se revela sino á quien ignora, pero puede saber las cosas que son objeto de la revelacion; nadie *descubre el porvenir*, sino á quien el porvenir importa y para quien algo significan los su-

cesos que se preparan. Sí, pues, el hombre recibe *manifestaciones* y entra en *comunicaciones*; si se le hacen [*revelaciones* y se le [*descorren* los velos de un tiempo que aun no existe, es inconcuso que hay un sér igual, cuando ménos en naturaleza y en poder, que se manifieste y que con él se comunique, que le revele cosas ocultas y misteriosas y le dé á conocer sucesos que nadie puede prever y que solo son en el seno de la posibilidad. Y el magnetismo que por más que se le pretenda levantar, es inferior al hombre en naturaleza y en poder, jamás podrá representar papel tan importante, ni suplir ninguno de los dos extremos, que necesariamente supone este género de fenómenos.

De aquí es que, cuando se ha llegado á este punto, sus más acérrimos defensores han tenido, ó que negar contra la luz de la evidencia los hechos que no podían explicar, como Figuié, Debray y otros que cuando se muestran más condescendientes, los atribuyen á meras imaginaciones ó alucinaciones; ó combinar como Jobard, las influencias del fluido con ciertas inteligencias separadas que de acuerdo con el hombre se sirven de él, no sabemos con qué oculto designio. La negacion de los hechos importa la negacion de la propia dignidad, pues no sig-

nifica otra cosa echarse á cuestas la nota de estúpidos ó de necios, que tiene que recaer en los que toman aquel partido á vista de pruebas históricas tan patentes, una vez que proceder así es hacer una máxima sábia de esta frase: *niego, porque niego*. Aquello de alucinaciones é imaginaciones es cosa de otro lugar.

El recurso de Jobard no satisface, y sobre todo, está fuera de la teoría física del magnetismo. Jobard explica las comunicaciones y las revelaciones en estos ó semejantes términos. (1) Supone que el espacio está lleno de fluidos imponderables y que el sistema de las ondulaciones se aplica á todos los fluidos; y de aquí infiere que aquellos tienen lugar en el hombre y los espíritus de la misma manera que la trasmisión de los despachos telegráficos. “En las dos extremidades, dice, del aparato (sea la mesa) existen dos séres inteligentes, más ó ménos distantes el uno del otro, que comunican por una ondulacion fluídica desprovista de inteligencia. Sin embargo, el pensamiento del uno se apode-

1 Jobard: La table parlante. P. 56 y siguientes.

ra por este medio del pensamiento del otro, que encarga á la ondulacion trasmitir su respuesta.” Y más adelante se expresa de esta suerte: “Al evocar los muertos acontece ni más ni ménos lo mismo; la mesa cargada de fluido nervioso recibe de la voluntad un movimiento vibratorio que se comunica al éter ó á la electricidad universal; esta, encontrando en sus inmensos anillos la universalidad de los séres, hiere al espíritu á quien va dirigido, cuyo espíritu inteligente y libre, vuelve á enviar, si quiere, por el mismo vehículo, un signo, como por ejemplo, una chispa eléctrica, un movimiento giratorio, letras escritas sobre un cuadrante, etc.”

La dificultad que ofrece esta hipótesis enteramente arbitraria no es como quiera. ¿De qué manera el fluido nervioso dirige las vibraciones del éter ó de la electricidad universal precisamente al punto que ocupa el espíritu evocado? ¿Por qué no le confunden con tantos otros que andan errantes por los espacios? ¿La voluntad del hombre da la direccion al fluido nervioso, y este la trasmite al éter? Pero si el hombre ignora hácia qué rumbo se halla la inteligencia que se propone evocar; si muchas veces no la conoce, y por lo mismo no podrá distinguir las de las demás. Para salir de tamaño laberinto

nos vemos forzados á conceder al magnetismo una inteligencia superior á la humana, cosa por que no pasan ni los partidarios de las teorías fluídicas, ni los de las espiritualistas, ni los mismos que, como el sábio que impugnamos, pretenden hacer de aquellas dos especies una sola razonable. (1)

M. Gasparin con su acostumbrado buen sentido cuando refuta, responde á M. Jobard así: "Aunque se coloquen dos séres inteligentes en las dos extremidades de una línea telégrafica, para trasmitirse ondulaciones fluídicas á las cuales darian en su pensamiento determinada

1 Un nuevo Manolito Gazquez, á quien concecemos, cazador por más señas, contaba seriamente que en la caza usaba de ciertas balas que llamaba *rastreras ó rastreadoras*. Su virtud era grande, pues le bastaba disparar su escopeta para que las balasse encargasen de tomar la direccion conveniente, hasta herir y dar muerte al animal con que se proponia regalar su apetito. El magnetismo de Mr. Jobard es *rastrero ó rastreador* como las balas del cazador aquel. Husmea que husmea, hasta que da con os espíritus en que piensa el *medium* que dispone de sus corrientes.

significacion, jamás seria comprendida. El acto material seguiria siendo material; si lo que que se dice de una estacion á otra del telégrafo se comprende, es porque préviamente se ha convenido en dar tal sentido á cada una de las ondulaciones fluídicas."

"¿Habeis celebrado, pregunta el mismo, semejante concierto con los espíritus? No tengo nada que oponer, si no es, que no veo estas combinaciones de signos; los espíritus se sirven de ellos en sus respuestas; pero vosotros no las empleais en vuestras preguntas, las cuales formulais sin alfabeto alguno. ¿Cómo una vibracion constantemente la misma se diversificará á los ojos de los espíritus, designará al que evocais y hará que comprendais las cuestiones que les proponéis? Si vuestra intencion se une á la vibracion, esta se torna inteligente; y tropezais con el escollo con que otros han tropezado." No se puede decir nada de más juicioso ni de más solido.

¿Por qué, pues, tantos delirios en cabezas tan bien formadas? Porque las preocupaciones filosóficas y de sistema no les permiten ver la luz y con ella la verdad. Están á oscuras porque no quieren abrir los ojos; viven enga-

ñados porque no quieren abrir sus almas á la verdad.

Unos no quieren ver sino materia en todo; y todo lo quieren explicar por la materia: otros quieren ver en todo la naturaleza; y quieren explicarlo todo por la naturaleza. Pero la realidad está muy léjos de su voluntad; realmente hay espíritus y lo sobrenatural es un hecho.

Por esto, aquellos que admiten la existencia de los espíritus, como Allan Kardec, Carion, Pierart y Gentil son los que, si no están en la verdad, se hallan en la situación más propia para hacerse de satélites. No nos cansemos; el magnetismo animal, que no puede ser otra cosa más que materia; que á más conceder, es un agente de la naturaleza de que el hombre es el centro, no puede explicar fenómenos, que suponen de todas maneras y considéreseles por cualquier lado, inteligencia; ni hechos cuya causa está indudablemente fuera ó sobre de la naturaleza.

¿Quereis explicaciones satisfactorias? Buscadlas en el catolicismo cuyo primer dogma es la creacion del mundo físico, cuya creencia más sublime y consoladora es la creencia en los

espíritus; en el catolicismo, que sin negar la naturaleza, afirma algo que le es superior y une con eslabon de oro dos mundos de diamante. El catolicismo os dará la explicacion, porque el catolicismo es la verdad.